



Tiempo y existencia: La poesía de Laurencio Sánchez Palomares

BOSCÁN de LOMBARDI, Lilia

Universidad Católica Cecilio Acosta
unica@telcel.net.ve

Laurencio Sánchez Palomares formó parte del grupo “Apocalipsis”. En un ejemplar, de su único libro publicado, “Para Una Fábula”¹, se revela la poesía de un escritor en el que la imaginación y la palabra se funden en virtuosa armonía. La delicada musicalidad de los versos da lugar a espacios de poesía mágicos, surgidos de la irrealidad del sueño.

Este libro contiene solamente siete poemas que son suficientes para conocer la intensidad y el dominio del lenguaje poético del autor. Se percibe una lejanía de donde vienen los ecos de las palabras fundidas con la lluvia y el viento. Imágenes de sueño transfiguran la realidad en una dimensión ambigua entre la vida y la muerte. La tristeza se asocia con la muerte en una evocación que toca la piel y descubre el dolor de la existencia. Vida y muerte se confunden en el retorno a la nostalgia por la infancia que ilumina el rostro de los días del pasado. En esos extremos de vida y muerte, de luz y sombra, transita la poesía de Sánchez Palomares, hecha de levedad, de sutil encanto entre la tristeza y la alegría del verso:

A la altura del alba el viento es más intenso
y hay una tristeza como de lámparas que mueren
en un lugar del mundo.

1 Sánchez Palomares, Laureano: “Para Una Fábula”. CONAC. Maracaibo, 1987. Todas las citas son tomadas de esta edición.

La lluvia ha golpeado con fuerza los muros mas antiguos
Yo he perdido la mansedumbre que traje de mi muerte. (I)

En un mundo transfigurado, de belleza emblemática, en una dimensión onírica más allá de la muerte, el amor se revela risueño e iluminador, como la esperanza. Siempre el amor, restándole sombras a la tristeza aunque ésta persista en el intento de quebrar la resistencia, de perpetuar las sombras de la noche:

Yo era el desvelado que corría detrás de su risa
para rescatarla de la noche.

Entonces tenía la mansedumbre de las liebres más tristes. (I)

En otros poemas, la mirada se detiene con nostalgia en imágenes del pasado: la infancia, la juventud, años de inquieta frescura en el vaivén del tiempo; etapa de absoluta alegría y de entusiasmo vital por todo lo creado. Una época en que: “los puertos eran mas azules/ una ciudad iluminada como el palacio de las vírgenes” (II). Los colores claros van a resaltar la luminosidad de esos días felices. De nuevo el azul identifica la infancia en el poema V:

A los pasos azules
donde la infancia salta como las constelaciones.
Y la sonrisa busca las espigas del oro.

El poeta insiste en el color azul emblemático de paz y dulzura. Es un color místico que hace evocar al cielo, a la eternidad de las aguas de los lagos y los mares, al manto de la Virgen, al reino de las hadas, al mundo virginal de la inocencia. Insiste en unir el azul con el dorado, una combinación de mística trascendencia cuando dice en el poema V:

He vuelto a andar entre hormigas doradas.

He vuelto a las montañas de peña azul.

Hasta la mirada noble del perro compañero es una mirada pura, es una mirada azul de mansedumbre:

Almirante menea su cola y mira con ojos azules (V)

Si el color azul es un color simbólico, el mismo carácter de símbolo lo tiene la lámpara:

extendía sus manos como lámparas después que caía
la lluvia en los jardines (II)

En el centro del bosque nos sorprendió la alegría de las
lámparas (III)

Me detuve ante los adolescentes que lucían como lámparas
(IV)

La lámpara rompe las sombras con su luz, ilumina el camino de la vida, seguimos su rostro de luz hasta las puertas de la muerte que se apaga para siempre. Cada uno llevamos en la vida nuestra lámpara y al final, somos una procesión de lámparas que se apagan, de modo que la lámpara puede ser símbolo de vida y muerte al mismo tiempo. Por eso el poeta dice:

Y hay una tristeza como de lámparas que mueren
en un lugar del mundo (I)

La lámpara ilumina espacios de mística religiosidad. La luz sagrada es una ofrenda, una súplica, una muestra de gratitud y de

esperanza. La luz sagrada se preserva en el círculo cerrado de la lámpara; la oración y el reposo, la meditación y el estudio crecen amparados por la luz de una lámpara. La oración, la veneración, el ruego místico se unen al fulgor de las lámparas en el centro de la Iglesia, y en el espacio sagrado de la naturaleza.

En el poema IV, la lámpara simboliza la luz viva del adolescente, la alegría de la juventud; el torrente de energía y entusiasmo juvenil ilumina la vida, no hay tiempo para sombras ni temores; son los años de derroche de optimismo, de sueños sin fatigas, de fuego fulgurante en la mirada, por eso el verso:

Me detuve ante los adolescentes que lucían como lámparas.

La adolescencia es cantada y evocada como la etapa feliz, libre de preocupaciones, sin temores ni miedos. La juventud como un sol, como una lámpara, ilumina el transcurrir infatigable, el ansia vehemente de aspirar todas las fragancias de la vida. La naturaleza es un canto de vitalidad, es una explosión de luz y de colores, no es el espacio para la melancolía sino un himno que celebra la alegría de vivir:

La primavera vestía los árboles y se encantaba
en el juego de los enamorados sobre el césped.

Después me arrodillé y besé la tierra por el encantamiento
que me daba la alegría de la luz en los rostros.

Los primeros sueños, las primeras ilusiones, los pasos sin barreras, la fe imprecadera, la confianza deslumbrante en todo lo creado, la alegría desbordada, definen esos años en que “Los adolescentes ríen jubilosamente y huyen/ hacia el campo tomados de las manos”.

La naturaleza es el marco ideal para los enamorados, la naturaleza es vida y es amor por eso:

Los adolescentes aman la lluvia y los árboles
y todos los crepúsculos.

En la vitalidad de la naturaleza se simboliza la fuerza juvenil. El canto a la juventud, no exento de nostalgia, es tema común en muchos poetas, que mirando atrás, la perciben como la etapa feliz que ya nunca volverá. Basta recordar los famosos versos de Rubén Darío en la Canción de Otoño en Primavera cuando dice:

Juventud, divino tesoro
ya te vas para no volver
cuando quiero llorar no lloro
y a veces lloro sin querer.

En medio de las sombras amenazantes que van cercando a la vida, Sánchez Palomares, regresa al pasado; el recuerdo de los años de la infancia y juventud se expresa vivamente con la fuerza inusitada de una dulce melancolía; se convierten en fuente salvadora, no sólo el recuerdo de los días felices del pasado, sino la contemplación de la riente juventud que a su lado pasa:

Vuestra alegría ha rescatado mi alma de las bestias.

Este poema IV es un homenaje a la adolescencia, a la juventud, pero en contraste con el canto exaltado de admiración y gozo, el último verso expresa el desconuelo ante el paso del tiempo y el olvido. Las bestias tan temidas, presentes de nuevo, le hacen exclamar:

¡oh adolescentes! Yo os imagino olvidados.

Reflejos de luz y sombra son dictados por la nostalgia y por la angustia del vivir amenazado por el tiempo y el olvido. La muerte

se asoma constantemente en estos poemas de silencio y melancolía, devolviéndose a la infancia como a un puerto seguro. La muerte y “los amenazantes enigmas” están presentes en el centro de la angustia: Pero el poeta sueña con espacios luminosos del pasado:

En el patio rondaba la alegría de los pavos reales
y mi padre con un gato esperaba la noche.
Entonces yo iba por los altos corredores
en busca de una jícara y de aquella esterilla
que tenía un tigre y un león pintados,
y abría todas las puertas y oía el viento
en la alta noche de las hierbas bajando de los árboles (VI)

La imagen del padre aparece nuevamente en el poema VII, poema de desventura, de angustia, de muerte. Sombras negras oscurecen el alma del poeta removida por el insistente llamado de la muerte. Tiempo y muerte, oscuros cómplices del drama humano. El viaje de la vida continúa después de la muerte, hacia lo desconocido, hacia el misterio de Dios y del infinito. ¿Cómo será el silencio, cuando la vida se acabe?. Hay instantes de muerte y hay instantes de vida. Es el cielo de la existencia. Como en una carrera de relevo, unos mueren, otros nacen. Imágenes de sueño, rostros del pasado, la sombra amenazante de la muerte, todo se funde en esta poesía que expresa el dolor humano de vivir para morir, son los extremos de la existencia. Vida y muerte en el círculo del tiempo, es la esencia del drama existencial. El tiempo no se detiene, la vida continúa; si unas lámparas se apagan otras son encendidas. Por eso los versos del último poema del libro:

Hay una hora en que todas las aves llaman a la muerte
y los ríos se llenan de imágenes
y las bestias sienten un miedo terrible.
Hay una hora en que se apresuran

como convidados por una voz urgente.

Hay una hora que nos conmueve como a un seno violentado
hay una hora en que todos los relojes
parecen detenidos.

Hay una hora en que alumbran las mujeres
en todos los lugares del mundo
y hay blancos, y hay hombres negros
y hay hombres amarillos (VII).